

El desarrollo de la conciencia política de los gitanos

TERESA SAN ROMÁN ESPINOSA

Por lo que sabemos de la historia de los gitanos y coherentemente con su historia reciente de los últimos 50 años, la organización política de los gitanos se ha mantenido ininterrumpidamente acéfala, sin alcanzar ningún nivel de centralidad en ningún país del mundo. Sabemos que las relaciones políticas entre gitanos se estructuraban a partir de grupos de parientes, más o menos dispersos según las zonas y según su relativa amplitud, en los que la preponderancia de los varones y de las relaciones entre varones, configuraban una articulación de la autoridad en torno a los hombres maduros y ancianos competentes, pensada en términos de lealtad a los vínculos de filiación. Otros factores contribuyeron a la formación de esas familias (que dicen los gitanos), como la propia amplitud del grupo, que la dota de fuerza física para imponerse, o la riqueza o la buena posición para proporcionar recursos de diversa índole, lo que, cuando existe, aglutina más familias y clientes, sobre todo entre otros parientes que pasan a consolidar y a aumentar el poder, no ya necesariamente la autoridad, de uno o varios hombres que encabezan el grupo.

Así pues, pueden ser verdaderos *tíos*, ancianos con autoridad, o pueden tener un poder de más dudosa procedencia. El papel de autoridad que juega un *tío*, se circunscribe al ámbito de su propio grupo doméstico, y más allá de él, el *tío* actúa en conjunto con otros *tíos*. Su palabra tiene peso, y su presencia hace a la gente más joven exteriorizar respeto. Pero si desea decidir a esos niveles más amplios, tiene que contar con otros *tíos*. Más allá de esos límites, los gitanos no reconocen autoridad alguna, aunque mostraban ayer, quizá en mayor medida que hoy, reverencia por sus viejos. Cuando se trata de un *tío de respeto*, uno que es especial entre los *tíos* porque se le concede un prestigio que le separa de lo normal, entonces su palabra tiene más peso que otras palabras, y su consejo puede trascender más allá de las fronteras de sus parientes. Pero para conservar su prestigio, limita su autoridad rodeando exquisitamente las órdenes de su manto de igualdad con sus pares. Esta ausencia de instituciones políticas integradas no se corresponde a una ausencia de identidad compartida, de gitaneidad común. Todos son gitanos, pero

cada cual manda en quien tienen derecho a mandar o en quien tienen poder para atraer y, a veces, supeditar.

Desconozco si en algún momento anterior de la historia de los gitanos habrá habido un desarrollo de la transversalidad en el poder político, de esfuerzos por conseguir un nivel más amplio de aglutinamiento que pudiera conducir a la creación de vínculos políticos por encima de la “familia” del “patrigrupo”, como creo que habría que llamarlo. Sí he podido conocer su desarrollo incipiente durante los años tardíos del franquismo y los atisbos, muy débiles, anteriores, por relatos e informaciones que se remontan a los años 30. Por primera vez, por lo que sabemos, existe ese otro nivel de poder político que, como cabría esperar, se erige en interlocutor fáctico de las autoridades locales, con mayor o menor nivel de legitimidad. Son nuevas formas de poder político interno, más inclusivo, más formas que antes he llamado de *poder transversal* a los grupos de parientes. En algunos casos se trata ya solamente de un *tío* que gobierna los destinos de un vecindario ocupado por familias que, de una u otra forma, se vinculan con él por parentesco y que suele ser algo así como el principal de entre los *tíos*.

Pienso que existen vestigios de esta figura, a la que antes aludía, a lo largo de toda la historia, pero el caso es que aparecen también multitud de “alcaldes” y “presidentes” de barrio y poblados gitanos ocupados por diferentes comunidades locales de parientes. Esto sí parece ser algo nuevo. En algunos casos se trataba de un *hombre de respeto*, de una u otra forma, que logra el consenso para representar a las demás *familias* ante las autoridades payas. En otros casos, sin embargo, se trata pura y llanamente de caciques locales. El origen del caciquismo entre los gitanos hay que buscarlo sobre todo, aunque no sólo, en los procesos de concentración forzosa de gitanos en espacios urbanos compactos, que practicaron las administraciones de forma autoritaria, irresponsable y, a veces, brutal, en los años 60 y, por desgracia, después. Diferentes familias se vieron obligadas a competir y a una convivencia absolutamente a contrapelo de todas sus instituciones sociales, económicas y políticas. En ese contexto, las peleas, los roces y reyertas son continuos y los barrios resultan polvorines. En ellos intervinieron, por su miseria o por su conflicto, desde la Guardia Civil hasta las monjitas, pasando por algunos progres. Pocos.

Con la mejor de las voluntades, en unos casos, o con el deseo de eludir responsabilidades, en otros, se fue dando a esos “representantes” capacidad para repartir recursos y viviendas o para informar y decidir; tanto a los legítimos como a los ilegítimos. Algunos caciques se hacen en ese momento, ganándose la voluntad de los payos, y algunos tíos respetables, como algunos líderes más jóvenes, con un poder desconocido en la mano, no resistieron a la tentación de convertirse en caciques. Nosotros, los payos, hemos hecho a los caciques gitanos a partir del desconocimiento y del etnocentrismo (por muy democrático que sea); es decir, a partir del deseo de colaborar y actuar democráticamente a través de líderes naturales, en unos casos, o a partir del deseo de manipular y controlar indirectamente a la población gitana, en otros.

Los líderes surgieron de entre los que se ofrecían para ello. Unas veces fueron antiguos hombres gitanos de bien, muchos de los cuales siguieron siéndolo y nunca traicionaron la legítima representación de su gente. En otras ocasiones los líderes fueron jóvenes entusiastas, con una incipiente militancia étnica, que buscaron el desarrollo de esa conciencia política entre su gente y que, por su propio nivel de integración social, que frecuentemente era notable, y su mejor preparación para moverse en los pasillos y entre los papeles de la Administración, entendieron su tarea de liderazgo como reivindicación de los derechos de los gitanos y necesidad de crear una presencia de su pueblo en los despachos de todas las administraciones. De éstos, como de los tíos respetables, el paso del tiempo hizo conductores gitanos muy diversos; y mientras unos permanecieron siempre fieles a aquellos por los que hablaban, otros sucumbieron también a la tentación del distanciamiento, el autoritarismo y la arbitrariedad, ambiciosos que no lograrían jamás el poder que deseaban con los medios y en las estructuras internas de los gitanos.

El poder transversal se fue consolidando, por tanto, en las formas habituales en cualquier grupo humano de todos los tiempos: como articulación entre la legítima autoridad de los líderes y las autoridades mayoritarias o como articulación entre, por una parte, la ambición y el poder ilegítimo, opresor en este caso de otros gitanos, y unas autoridades que veían en ello la oportunidad de simular participación, de eludir la responsabilidad del posible fracaso de sus decisiones (que claudicaban), y de controlar a los gitanos sin que se les viera, pudiendo airear su opresor gobierno indirecto como democrático y representativo. Simultáneamente, los gitanos que, sin

dejar de serlo, habían logrado un hueco estable en la sociedad, no precisaban de líderes transversales porque su participación en la vida política estatal y local estaba integrada, porque la existencia de una conciencia política étnica estaba todavía dormida en el embrión de la lucha interna y colectiva por mantener su identidad y lo mejor de su cultura, y porque ninguna autoridad parecía especialmente preocupada por su control. Aquellos otros grupos gitanos que precisaban de la ayuda de recursos administrativos para paliar la miseria y que resultaban incómodos a los vecinos, eran, con lo son ahora, objeto de control. Ellos fueron quienes padecieron la evolución histórica transversal que he señalado.

En este contexto surgen en los años 60, casi simultáneamente, el movimiento Aleluya o pentecostalismo gitano, proveniente de los gitanos franceses, y el movimiento asociativo gitano. El primero penetra muy paulatinamente, de boca en boca, a través de un esfuerzo de convicción y de conversiones que se extenderá casi imperceptiblemente a lo largo de 35 años hasta alcanzar la imponente implantación actual. El segundo, el movimiento asociativo, partirá principalmente (no exclusivamente) de un esfuerzo de la Iglesia progresista Católica del momento por crear un desarrollo comunitario inspirado, aunque tenuemente, en la teología de la liberación, y en un esfuerzo coincidente de la Iglesia conservadora Católica por paliar las inmensas necesidades y penurias de los gitanos marginados, a través de una caridad organizada.

Las asociaciones gitanas nacen, por tanto, al calor del pálpito disonante y contradictorio del Catolicismo. El movimiento social gitano surge, en definitiva, como una nueva comprensión de las relaciones entre los gitanos y su entorno, que construye su discurso sobre bases religiosas (aleluyas y católicos) y sobre las bases políticas que se entremezclan con lo religioso en el caso del catolicismo progresista y conservador. El movimiento Aleluya consiguió una base amplísima, pero se configuró como movimiento social-religioso. El movimiento asociativo gitano fue poco a poco renunciando a los aspectos más cercanos al desarrollo comunitario, de forma acorde con la desmovilización ciudadana desarrollada por los gobiernos democráticos en todo el Estado, e incrementó paulatinamente su función social.

Sólo en épocas más recientes ha adquirido un carácter reivindicativo en la mayoría de las asociaciones, y sólo en este momento comienzan a existir atisbos de

inquietud política, justo cuando los Aleluyas comienzan a trabajar en una vertiente asistencial, a veces con recursos públicos, que antes no cubrían más que a través de las redes personales de cada pequeño culto local.

La penetración de los Aleluyas y la creación de las Asociaciones casi simultáneamente, se entiende desde la conjunción de dos tipos de situaciones. Desde los gitanos, era necesario crear nuevas estructuras transversales a los grupos de parientes, capaces de captar recursos y atención pública, más posible con la llegada de la democracia, y crear una autoimagen más positiva y una solidaridad más unitaria que permitiera una articulación global en el conjunto de la sociedad. Con el tiempo, parece que el primer cometido ha corrido a cargo, fundamentalmente, de las asociaciones gitanas y el segundo de los Aleluyas, aunque existe hoy una mayor tendencia a la relación y al solapamiento, al menos en algunos lugares.

La otra situación que hace comprensible el nacimiento casi coincidente de ambos movimientos, el asociativo y el pentecostal, es la propia del Estado y la sociedad española en aquellos momentos. La fuerte vinculación entre Iglesia y Estado entonces, permite abrir una puerta que posibilita el movimiento Aleluya, a partir de la apertura ecuménica iniciada en el Concilio Vaticano II, ante el que el gobierno del Estado plantó todo tipo de cautelas y resistencias pero que, no obstante, tuvo que aceptar en muchos aspectos. Se colaron los Aleluyas por esa puerta entreabierta. Pero además, el último periodo de la dictadura dio cabida, con toda la timidez que se quiera, a que existieran asociaciones políticas y ciudadanas, bajo la presión que urgía a abrir algunas válvulas a los aires de la renovación democrática que recorrían España de cabo a rabo. Las asociaciones se colaron por esa otra puerta entreabierta. Y mientras tanto, muchos gitanos pudieron beneficiarse de unos años de expansión que durarían lo suficiente como para encontrar un lugar adecuado en el tejido social, entre la ciudadanía. Muchos cayeron dolorosamente de él con la crisis del petróleo. Pero muchos otros se mantuvieron y, a trancas y barrancas, existe hoy un nutridísimo grupo de gitanos plenamente integrados en distintos estatutos sociales y plenamente gitanos, pero pocos son los que de ellos han entrado en el movimiento gitano.

La mayor parte de los líderes asociativos de uno u otro tipo han estado muy mediatizados por la ambivalencia de sus roles como líderes gitanos en unas

estructuras netamente no-gitanas y han tenido conflictos con una tradición cultural heredada del periodo anterior. La solidaridad del parentesco y los valores culturales se oponen en muchas ocasiones a las obligaciones propias del desempeño de sus cargos y entran con frecuencia en conflicto, abandonando alternativa y prudentemente unas u otras para lograr una estabilidad. La identidad gitana de estos líderes, implementada políticamente, es hoy sin duda la más militante, lo que es coherente con su trayectoria y además, esa militancia étnica está reforzada por su valor estratégico en la vida pública. Su cultura, sin embargo, en muchos casos se circunscribe al ámbito de los símbolos étnicos (como es el de la lengua, por ejemplo), que no a formas organizativas, pautas y valores, como la solidaridad del grupo de parientes o el valor conferido al número de hijos, etc., menos coherente con las exigencias de su estatus.

Al maltrato y vejación que los gitanos tuvieron que padecer durante el franquismo, siguió en buena medida una actuación pública tímida o la desidia que llegó con la democracia. Los partidos democráticos, en todo su amplio espectro, combatían la desconfianza y el desdén por los marginados. Una socióloga inteligente, con sensibilidad histórica y sentido del humor, María Jesús Miranda, nos recuerda el origen de esa asombrosa coincidencia. Con la llegada de la ideología de Las Luces, en el siglo XVIII, se impone una idea de ser humano casi omnipotente, guiado por su libertad de opción y alcanzado sus altas y convenientes metas por medio de su voluntad y arrojo. Ese modelo chocaba estrepitosamente con la presencia de los innumerables pobres que poblaban pueblos, caminos y ciudades. A través del tamiz de las ideas ilustradas nació un doble concepto de pobres. Por una parte habría *pobres verdaderos*, es decir, los que no trabajaban ni triunfaban no porque no quisieran, sino porque no podían. Eran los ancianos y enfermos, los huérfanos y viudas de los trabajadores, a los que el Estado debía proporcionar socorro para procurarles el mínimo bienestar que les correspondía como parte del pacto social. Pero habría también *falsos pobres*, es decir, los que no trabajaban ni triunfaban porque no ponían en ello ni su libre albedrío, ni su voluntad ni su esfuerzo. Pobres porque querían. Y estos eran indignos de socorro. Su tratamiento por parte del poder se reducía al castigo si trataban de oponerse a su supuesto ascenso al dudoso privilegio de ser pobre trabajador honrado. Esta idea del marginado como *falso pobre*, atraviesa toda la filosofía política desde el liberalismo al reformismo social, y penetra intacta en el marxismo, bien patente en el *Manifiesto Comunista* de Marx y

Engels cuando consideran a los marginados como irrecuperables, intransformables en *pobres verdaderos* que pudieran engrosar las filas del proletariado; escoria de la humanidad que, por serlo, se avendría en cualquier momento a los manejos reaccionarios del capital.

Esta idea del marginado como mal ciudadano, como defraudador del pacto social, pobre porque quiere, en definitiva, penetra y recorre nuestra filosofía política como antes decía, y, de la manera más incoherente, penetra tanto en la derecha como en la izquierda políticas. Más tarde, la llegada de los inmigrantes del Tercer Mundo, muy recientemente, pone de manifiesto la persistencia de este hecho aterrador de coincidencia: la derecha se divide ante ellos porque, por una lado, deberían regresar a su país para que el Estado pueda atender debidamente las necesidades de sus ciudadanos y para evitar una cierta contaminación cultural; pero por otro, resultaban útiles como trabajadores a los que se les paga menos porque están dispuestos a hacer lo que sea y como sea. Pero no parece haber nada a favor de los gitanos. Por su parte, la izquierda parece decidirse por convertir a los inmigrantes ilegales en legales, eliminando una competencia problemática por esa disposición suya a trabajar por menos dinero que un trabajador nacional. Pero además siente respeto por los inmigrantes porque era su mala conciencia, son los hijos desposeídos por el colonialismo, los hijos de nuestras culpas colectivas históricas. Pero no parece haber nada tampoco en la izquierda a favor de los gitanos, escoria empedernida que ni se integra en la clase trabajadora ni es víctima del colonialismo imperialista.

Muchos gitanos han seguido marginados y en ningún momento han podido contar con una comprensión imprescindible, ni de la derecha ni de la izquierda. En este contexto, las asociaciones no eran ya solo una vía reivindicativa y una voz pública de los gitanos, sino la oportunidad de oro que las administraciones encontraron en un interlocutor conveniente que les diera la coartada de la representatividad, del diálogo democrático, al mismo tiempo que se conseguía no sólo no tener que hablar con nadie más, sino eludir las responsabilidades sociales y políticas que tenían con los gitanos. Si eran las asociaciones las que recibían de la administración los recursos para ser redistribuidos entre la población gitana (sean viviendas, puestos escolares, IMIs o lo que fuere) no sólo era responsabilidad de las asociaciones cualquier fracaso, cualquier conflicto, cualquier protesta, sino que salía muchísimo más barato dotar de recursos mínimos a una asociación, a la que le parece una

fortuna lo que al fin y al cabo es poca cosa, que no, por ejemplo, adjudicar viviendas a todos los gitanos del barrio miserable a los que la asociación atiende, vigila, controla y de los que se responsabiliza. Un chollo.

Esta relación, al principio tenue, fue reforzándose cada vez más y llegó un momento en el que las asociaciones han dependido para su existencia única y exclusivamente de la administración, lo que las hace irremediabilmente contradictorias respecto a la población a la que sirven; y después otro momento, aún muy lejos de haber culminado, en el que los gitanos marginados dependen, para alcanzar los beneficios más comunes, del estado de sus relaciones con la asociación. Y esto no es bueno ni para unos ni para los otros.

Las variaciones entre unas y otras asociaciones son enormes y es difícil generalizar más allá de ésta dependencia de la Administración y de sus secuelas. Los líderes asociativos provenían, como hemos visto, de muy distintos manantiales. Unos del liderazgo creado por el pugnismo católico de los 60-70, otros de la beneficencia implantada en sustitución al desarrollo, por la tendencia más conservadora católica de la misma época, otros del simple y puro cacicato, otros de su peso legítimo, ya anterior, en su familia y vecindario. No es de extrañar, por tanto, que en la historia del movimiento asociativo gitano haya habido fricciones y pugnas, aunque en momentos críticos, sobretudo públicos, por lo general han podido llegar a acuerdos o por lo menos a treguas.

La dependencia de la Administración, por una parte, y la desmovilización social que supusieron los años posteriores a la dictadura y que terminó definitivamente con los movimientos cívicos durante la propia etapa socialista, redujo también la implantación del movimiento asociativo gitano. Se han hecho pocos esfuerzos por crear una consciencia política y una militancia étnica en la misma medida en la que se abandonó muy pronto la acción comunitaria, instalándose más bien en lograr la función mediadora entre las instituciones políticas y administrativas, por un lado, y los gitanos marginados por otro, y el lograr también hacerse con una organización de la comunidad no siempre libre de paternalismo y, en algunos casos, teñidas de autoritarismo. Esto no incluye en absoluto ni a todas las asociaciones ni al talante de todos los líderes gitanos, sino a la orientación que los propios *hechos* históricos recientes ha dado a su movimiento asociativo. Por esa misma razón, ha resultado

casi siempre imposible encontrar fórmulas de institucionalización de la vida política de los gitanos capaces de lograr una articulación entre el poder político acéfalo, es decir, el de las familias y comunidades gitanas, y el poder político integrado, transversal al anterior y a su vez, articulado con las instituciones del país. La ausencia de unas instituciones de este tipo se hace cómplice de la ausencia de esfuerzo por crear una consciencia política capaz de moverse en ambos flancos y lejos del discurso plañidero de la persecución.

Se ha perseguido, ultrajado y maltratado a los gitanos desde épocas inmemoriales, es cierto. Y conviene que se sepa, y se recuerde, y que los historiadores afinen y completen cada vez más sus conocimientos. Pero lo que se diría que necesitan ahora no es tanto el obtener limosnas públicas recurriendo a la mala conciencia colectiva, sino fundamentar un discurso potente, étnicamente anclado, pero abierto a la solidaridad y la coordinación, emergente de la gitaneidad pero ideológica y prácticamente vinculado al mundo que les rodea. Son solo mis propios pensamientos. Necesitan un discurso político, integrado en el país, que acompañe una integración por derecho en todos y cada uno de los ámbitos de la vida económica, social y política.

Existen ligeros atisbos de este cambio de rumbo necesario. La dinámica política mundial parece tejerse contradictoriamente, pero en potencia, en la globalización y en las identidades étnicas y los nacionalismos. La estructura política del estado español profundiza cada vez más en el reconocimiento de una pluralidad nacional junto a un nacionalismo español, dominante en unas zonas y disperso por todas partes. Y se debate en las tensiones entre su polo y su polo nacionalista. Los gitanos, como ciudadanos del Estado, no han reclamado jamás su etnicidad como sustrato nacional. Quizá porque el concepto de nación que hemos heredado es el de los estados nacidos en el siglo XVIII, que se anclaban en territorios delimitados. Más posiblemente porque para organizarse políticamente en el seno de un estado es imprescindible tener medios y fuerza. No basta con tener diferencias culturales e identidad, hay que tener medios para usar ambas políticamente.

Sin duda alguna la identidad étnica se forma y se manipula. Y esto ocurre precisamente porque puede ser utilizada por sus usuarios para crear vínculos fortísimos de solidaridad interna, de forma que la etnicidad de una minoría puede

verse por parte de algunos sectores dominantes como un peligro potencial, como una amenaza a las relaciones de poder y al reparto de poder tal como está constituido. En definitiva, la identidad étnica contiene siempre, en potencia, una enorme capacidad política movilizadora.

De una situación acéfala y dispersa, hemos pasado al germen de un movimiento étnico, quizás de un movimiento nacionalista, dado su incipiente carácter político, que se sustenta en el ensamblaje que consigue, aunque sea precariamente, en las estructuras políticas y administrativas a través de las asociaciones gitanas y en la autoconciencia y el nacimiento del culto Aleluya. A pesar de las enormes diferencias entre asociaciones y a pesar de la distancia que separa a éstas de los Aleluyas, algunos dirigentes de ambos movimientos parece que se han dado cuenta de su mutua utilidad. En todo caso, existen problemas para la integración política de los gitanos que es necesario solventar. Uno de ellos es la cicatera noción de igualdad de la propia sociedad en la que vivimos, más preocupada por exigir condiciones a los candidatos a iguales que a potenciar y ensanchar la igualdad. Otra es el fundamentalismo restrictivo de todos los nacionalismos juntos y la intolerancia hacia el juego político de las identidades que no tienen fuerza para reivindicar más allá de la beneficencia. Por otro lado, por parte de los gitanos marginados, su escasa afición a votar les priva de lo que quizá sea su única fuerza para ejercer presión y reclamar atención. Y junto a ésta, otra dificultad: la dispersión del esfuerzo que realizan las asociaciones, entre ellas y frente a los pentecostales; la cortedad de miras y, en algunos casos, la pobre ambición que las guía, constituyen otro problema.

Y sin embargo, el germen nacionalista, visible en la militancia étnica de carácter político que surge tímida, pero crecientemente, puede ser la esperanza. Tendría que promover el desarrollo de una conciencia política capaz de movilizar el potencial de la identidad étnica en todos los sectores y estratos, unitariamente, y capaz integrarlo institucionalmente en el tejido político de este país. Yo pienso que esto no se logrará dejando fuera del movimiento asociativo a la gente joven y preparada, cada vez más numerosa. Los líderes gitanos de las asociaciones, los que lo son de verdad, que han peleado durante tantos años, tendrán que buscar la manera de unir su experiencia y su historial de luchadores a la aportación absolutamente necesaria de esta gente joven y hacerlo de manera amplia y generosa, con el objeto de construir

un proyecto popular, globalizador e integrado del pueblo gitano, uniendo fuerzas y relegando la dispersión.

Serán los gitanos los que decidan qué despegue histórico quieren hacer. Y pienso que en España, más que en ningún otro país de Europa, se dan circunstancias que, en su conjunción, permiten pensar en una oportunidad única en la historia. La circunstancia de un número imparablemente creciente de los gitanos y gitanas integrados, preparados para afrontar las tareas y responsabilidades necesarias, junto a la circunstancia de una estructura estatal que reconoce la pluralidad de naciones, de tradiciones y diferencias culturales y permite su implementación política en el seno del Estado. Una tarea que, si llegaran a decidir emprenderla, sería sin duda a través de un camino largo y espinoso.

Ponencia presentada en las jornadas ***Integración y exclusión social de minorías: el pueblo gitano***, celebradas en Valencia en octubre de 1998, organizadas por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

TERESA SAN ROMÁN es Catedrática de Antropología Social de la Universitat Autònoma de Barcelona.